

ROBERTO MARTIALAY, S.J., *Sangre en la Universidad. Los jesuitas asesinados en El Salvador*, Bilbao, Ediciones Mensajero, 1999, 575 pp., ISBN: 84-271-2291-8

El 16 de noviembre de 1989 seis jesuitas y dos mujeres eran asesinados en el campus de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de San Salvador, más conocida como UCA. Para Martialay, «formaban parte de una comunidad universitaria empeñada en la empresa de liberar al pueblo latinoamericano de su opresión. Los ametrallaron porque su compromiso era incompatible con el modelo de sociedad que defienden los poderosos de este mundo». Estas sentencias del autor constituyen una muestra perfectamente expresiva de lo que es el conjunto de la obra. Porque este libro no puede considerarse científico, dado el alto grado de subjetividad que irradia sus líneas, escritas desde la emoción con la que se recuerda la trayectoria de los fallecidos. Hay que recordar, en este sentido, que se trata de un libro-homenaje al producirse el décimo aniversario del terrible suceso. No obstante, una vez realizada la lectura, cierto es que se nos abren muchas interrogantes sobre lo que debe ser el modelo de Iglesia, porque la trayectoria de Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró y el resto dista mucho de otras concepciones de que lo debe ser la vida religiosa. Quizá la Teología de la Liberación lo que hace es explotar el cristianismo en su más pura esencia, dejando el catolicismo en una difícil situación, pero la teórica vinculación de ésta con el marxismo, para algunos muy discutible, es lo que ha llevado a no pocos miembros de la Iglesia a censurarla, aunque muchas veces de manera privada.

Por encima de todos brillaba con luz propia Ignacio Ellacuría, un hombre de la más pura escuela jesuita. Vizcaíno de Portugalete, su periplo formacional era ciertamente vasto: Humanidades clásicas en la Universidad Católica de Quito (1949-1951), Filosofía en Quito (1952-1955), Teología en Innsbruck (1958-1962, donde enseñaba el prestigioso Karl Rahner), doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid (1966) y rector de la UCA desde 1979 hasta su asesinato. Su labor fue tan brillante que un intelectual de la talla del filósofo Xabier Zubiri consultaría durante un largo período sus reflexiones filosóficas con el sacerdote jesuita: de hecho, Ellacuría, a aquellos que le tildarían de marxista, les respondería que eso era algo imposible porque él era, sencillamente, zubiriano...

La forma de trabar el libro de Martialay es llamativamente peculiar. En primer lugar, realiza una breve cronología donde habla de los hitos fundamentales de la vida de cada uno de sus biografiados. En segundo lugar, realiza una introducción sobre los primeros pasos vitales, para recurrir posteriormente a los testimonios personales, elemento por otra parte absolutamente necesaria cuando se trata de escribir sobre lo que actualmente conocemos como *Historia del Tiempo Presente*. En el caso concreto de Ellacuría, tenemos acceso a las opiniones de Carmen de Zubiri, Jon Sobrino (a quien el destino sonrió al obligarle a viajar cuando Ellacuría fue asesinado, dado que seguramente él hubiera corrido la misma suerte que el rector de la UCA), Marcelino Pérez (panameño relacionado de cerca con casi todos los mártires)... La obra alterna reflexiones y cuestiones de interés con anécdotas que nos hacen más próximo al personaje, que corre el riesgo de ser mitificado. En cualquier caso, el con-

junto del análisis nos permite tener un conocimiento bastante bueno de cuáles eran los ejes fundamentales de la vida de cada uno de los religiosos asesinados.

Pero antes de llegar a Ellacuría, que es el hombre al que se destina el último capítulo, hemos podido conocer en las páginas precedentes las vidas de Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Amando López Quintana, Joaquín López y López y Nacho Martín Baró.

Segundo Montes era vallisoletano y sólo unos años más joven que Ellacuría, con quien compartía el hecho de haberse formado en Humanidades clásicas y en Filosofía en la Universidad Católica de Quito. Sin embargo, a diferencia de Ellacuría, su formación teológica se repartió entre Oña (Burgos) e Innsbruck, donde se ordenaría sacerdote. Se trataba, según Martialay, de un hombre inevitablemente fronterizo entre las letras y las ciencias, pues tan pronto fue profesor de Física como de Sociología. Su identificación con el pueblo de El Salvador fue tal que, en 1970, con veintisiete años, decide adoptar la nacionalidad salvadoreña. En el momento de ser asesinado, se encontraba plenamente centrado en la defensa de los derechos humanos, ya que, de hecho, había fundado sólo tres años antes, en 1986, el Instituto de Derechos Humanos (IDHUCA), del que sería también primer director. En este caso concreto, Martialay nos adjunta páginas de una especie de diario que nos permite entrar mejor en la manera de pensar de este sacerdote jesuita. El que sí pasó también por Quito, pero nunca por Innsbruck (la formación teológica la llevó a cabo en Estados Unidos), fue Juan Ramón Moreno, navarro de Villatuerta y de la misma quinta que Segundo Montes. A diferencia de Ellacuría y Montes, su labor fue la más puramente eclesial, pues fue profesor de Sagrada Escritura y de Teología y Ciencias Religiosas, así como subdirector del Centro de Pastoral Monseñor Romero y Coordinador del Consejo Nacional de la Compañía de Jesús en Centroamérica.

Tres años más joven que Montes y Moreno era el burgalés Amando López Quintana, también formado en la Universidad Católica de Quito en Humanidades Clásicas y Filosofía, pero teológicamente en Dublín (Irlanda), donde sería ordenado sacerdote en 1965. Su labor fue una especie de síntesis de la de Ellacuría y Moreno, pues alternó la formación religiosa (sería rector del seminario de San Salvador) con la protección del bienestar estudiantil. Martialay se deja llevar una vez más por la pasión al afirmar que «Amando se lo jugó todo a la carta de la bondad».

El único de todos ellos que no era español y que, además, era claramente mayor que el resto (tenía doce años más que Ellacuría, aunque su edad no parece totalmente segura) era el centroamericano Joaquín López y López. Conocido entre los suyos como «Lolo», era con diferencia el menos formado del grupo y también el más puramente dedicado a la labor exclusivamente sacerdotal. Un hombre de extracción muy humilde y cuya estrecha vinculación a las dos mujeres asesinadas, Elba Julia Ramos y Celina Maricet Ramos, da pie a conceder unas breves páginas a las vidas de éstas, que, ciertamente, han de ser consideradas tan *mártires* como los seis religiosos asesinados. Resulta adecuado señalar que Martialay utiliza un bonito lenguaje a lo largo de toda la obra y que alcanza, a nuestro parecer, la cumbre, con motivo de las líneas dedicadas a estas mujeres. Las últimas páginas estarán centradas en la vida del vallisoletano Nacho Martín-Baró, el más joven de todos los caídos (contaba con tan sólo cuarenta y siete años de edad): hombre de amplia formación, con estudios de Teología en lugares tan diversos como Frankfurt, Lovaina y San Salvador e instruido en Psi-

cología en la propia UCA, donde alcanzaría la cátedra con tan sólo treinta y ocho años. Nuevos testimonios nos hacen, una vez más, cercana la figura del jesuita asesinado, en una obra que, a pesar de su no cientificidad, no deja de ser un libro interesante que merece la pena leer para comprender la importante pluralidad existente en el seno de la Compañía de Jesús.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

GASTON PIÉTRI, *El catolicismo desafiado por la democracia*, Santander, Sal Terrae, 1999, 205 pp., ISBN 84-293-1316-8.

Democracia y catolicismo han sido dos elementos protagonistas del siglo xx y abocados a enfrentarse el uno con el otro en la búsqueda de un, en ocasiones, difícil entendimiento. El que fuera Secretario general adjunto de la Conferencia Episcopal francesa entre 1982 y 1988, y director del Instituto Pastoral de Estudios Religiosos de la Universidad Católica de Lyon entre 1988 y 1993, presenta aquí un ensayo francamente interesante y sobre el que debemos señalar que no abunda la bibliografía.

Estructurado en diez capítulos, desde el comienzo mismo de la obra se trata de recordar la influencia absolutamente trascendental que para el futuro devenir de la Iglesia ha tenido el Concilio Vaticano II. Con la aprobación de la Declaración «*Dignitatis humanae*», hecho acaecido en diciembre de 1965, Pablo VI proclamaba la libertad religiosa; con ello, la Iglesia exigía para países como Sudán o Arabia Saudita el mismo respecto al catolicismo que aquélla había profesado hacia el Islam en Alemania o Francia. Como señala el autor, la era democrática viene caracterizada por la emergencia del sujeto y por la institución del individualismo como rasgo capital de nuestra sociedad, no quedando bien definido qué es primero, si el individuo o la sociedad. Frente a estudios realmente aparecidos, como el muy crítico de John Cornwell titulado *El Papa de Hitler*, Piétri reivindica la figura de Pío XII como defensor de la democracia, aludiendo a su mensaje navideño de 1944. Mucho más claramente se había posicionado el gran pensador cristiano Jacques Maritain, quien había calificado al fascismo italiano y al nacionalsocialismo alemán de «imperios paganos», donde se mata no sólo a los hombres, sino también a las conciencias. En este sentido, el libro objeto de nuestro análisis constituye una auténtica recuperación del pensamiento de Maritain.

Gaston Piétri no niega el secular conflicto entre catolicismo y democracia, y que tiene su base fundamental en las teorías ascendentes y descendentes sobre el origen del poder. León XIII, uno de los pontífices más progresistas de la Historia (con todas las matizaciones que quieran hacerse), había formulado una tesis inteligente que permitiera concluir con el conflicto: a su parecer, la fuente de autoridad procede indiscutiblemente de Dios, pero la designación de los gobernantes pertenece a la «cosa pública», y, por tanto, es factible plantearla a la ciudadanía. En cualquier caso, el entendimiento entre democracia y catolicismo de finales de siglo debe interpretarse más que en la fusión real de ambos, en la oposición rotunda de los dos a su gran enemigo: el totalitarismo. Según el autor, la conclusión que hay que extraer es que la democracia, cuando quiere oponerse al totalitarismo, tiene que conceder la máxima importancia al debate público, a la consideración de los conflictos con vistas a